



PEDRO SALAS CAMUS
Universidad Finis Terrae
pedrosalasc@gmail.com
 orcid.org/0000-0001-6878-4161

LA SEXUALIZACIÓN DE LA GEOPOLÍTICA: MASCULINIDADES, AFECTOS Y ARRIBISMO SOCIAL EN *EL QUE MERODEA EN LA LLUVIA* (1962) DE HUGO CORREA¹

Fecha de recepción: 07.02.2024

Fecha de aceptación: 01.03.2025

Resumen: La novela *El que merodea en la lluvia* (1962) de Hugo Correa, pionero de la ciencia ficción chilena moderna, versa sobre Salvador, un oficinista bancario de clase media, cuya búsqueda de ascenso social se entrelaza con sus deseos sexuales y su incapacidad para controlar sus emociones. Mi hipótesis es que el relato puede leerse como una alegoría de las frustraciones de la clase media chilena y la subordinación del país en el contexto internacional, en donde los elementos de ciencia ficción del relato tienen el rol de propiciar una *realización simbólica* que compensan y corrigen, por un lado, la subordinación de la clase media chilena a la oligarquía local, y por el otro, la dependencia de Chile con respecto a las superpotencias globales (EE. UU., URSS). Asimismo, por medio de un análisis centrado en la representación de las masculinidades, postulo que la inversión de roles entre subordinado y amo radica, en esencia, en la proximidad o lejanía del concepto de *masculinidad hegemónica* (Connell 1997, Bonino Méndez 2002) de los personajes masculinos de la novela.

Palabras clave: Hugo Correa, *El que merodea en la lluvia*, masculinidades, Guerra Fría, clase media chilena

Title: The Sexualization of Geopolitics: Masculinities, Affects, and Social Climbing in *El que merodea en la lluvia* (1962) by Hugo Correa

Abstract: The novel *El que merodea en la lluvia* (1962) by Hugo Correa, a pioneer of Chilean science fiction, revolves around Salvador, a middle-class bank clerk whose quest for social advancement intertwines with his sexual desires and his inability to control his emotions. I hypothesize that the narrative can be read as an allegory of the frustrations of the Chilean middle class and the country's subordination within the international context. In this reading, the science fiction elements of the story provide a form of *symbolic compensation* that corrects,

¹ El presente artículo fue desarrollado en el marco del proyecto Fondecyt de Iniciación N°11250349 "Presagios del pasado: imaginarios distópicos y anti-utópicos en la literatura chilena de ciencia ficción de mediados del siglo XX" (2026- 2028), investigación financiada por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID) del Ministerio de Ciencia, Tecnología, Conocimiento e Innovación del Gobierno de Chile.

on the one hand, the subordination of the Chilean middle class to the local oligarchy and, on the other, Chile's dependence on global superpowers (the USA and the USSR). Furthermore, through an analysis focused on the representation of masculinities, I argue that the reversal of roles between subordinate and master essentially lies in the male characters' proximity to or distance from the concept of *hegemonic masculinity* (Connell 1997, Bonino Méndez 2002).

Keywords: Hugo Correa, *El que merodea en la lluvia*, Masculinities, Cold War, Chilean middle class

INTRODUCCIÓN

El contexto histórico de Chile de la década de 1960 es uno convulsionado. El fracaso de política de industrialización por sustitución de importaciones promovía el deseo de transformaciones políticas y sociales profundas (Halperin Donghi 2017: 520); la vía socialista, en concordancia, se presentaba por primera vez como un horizonte de expectativas realizable, sobre todo, después del éxito de la Revolución Cubana (del Pozo 2002: 199). Así, el país, al igual que el resto del continente, parecía estar en medio de una encrucijada histórica. Como ambición transversal a todos los sectores sociales, no obstante, se buscaba, por un lado, la tan ansiada modernización del país; por el otro, la superación de la dependencia de las superpotencias globales (EE. UU., URSS) en un contexto de Guerra Fría.

El escenario literario de la época tampoco estaba exento de conflictos. A partir de la proclama de Enrique Lafourcade a mediados de la década de 1950, quien, según José Promis, virtualmente creó una generación de escritores, los narradores nacionales buscaban superar un criollismo que intentaba reflejar documentalmente el carácter chileno a partir de una prosa realista/naturalista (1993: 71). Si bien estos narradores, para 1962, todavía eran vistos como periféricos al mundo editorial (el cual aún mostraba predilección por el estilo realista tradicional), Hugo Correa, el principal expositor nacional de una ciencia ficción con criterios modernos (Hassón 2003: 38), fue una *rara avis* incluso para aquellos que intentaban renovar las letras nacionales. Correa se adscribía de manera explícita como escritor de ciencia ficción (llegando incluso a querer redefinirlo como *realismo-fantástico*, cf. Correa y Montero 1977) al proponerse explorar en sus letras los posibles efectos del desarrollo de la ciencia y tecnología en la sociedad local y global. Sin embargo, a pesar de la novedad intrínseca de su propuesta literaria, su obra no tuvo reconocimiento nacional (al menos, inicialmente). Como afirma Francisco Pizarro Obaid, en el panorama chileno literario de los años sesenta, “la ciencia ficción no tenía lugar alguno. Quedaba relegada a la categoría de género literario menor y extranjero, literatura juvenil o, simplemente, a conjunto de historias elaboradas para complacer el apetito insensato de las masas” (2019: 81)².

² Al respecto, cabe destacar que los autores fundacionales de la ciencia ficción chilena han experimentado un renovado interés por parte de la crítica en las primeras décadas del siglo XXI (Cabrera-Pommiez 2022: 67).

No es mi propósito aquí reivindicar la calidad literaria de Hugo Correa; sí es, no obstante, analizar *El que merodea en la lluvia*, novela publicada por el escritor chileno en el año 1962, desde una perspectiva sociohistórica local y global³. Tal como ha expuesto Silvia Kurlat, la ciencia ficción latinoamericana, lejos de ser una literatura escapista, representa, en el fondo, un desvelamiento de las tensiones ideológicas de su época desde un *locus* discursivo periférico (2018: 412). La obra de Correa, en este sentido, no es una excepción: además de incorporar elementos genéricos propios de la literatura especulativa, dialoga directamente con su contexto sociohistórico en diversos niveles. Mi objetivo aquí es examinar estos aspectos o, al menos, iniciar un diálogo explícito de la novela con los discursos históricos, culturales e ideológicos del Chile de la década de 1960.

Para lograr lo anterior, me concentraré en tres aristas. En primer lugar, abordaré la representación de las clases sociales tal como se reflejan en *El que merodea en la lluvia*. Habiéndose escrito la novela en un contexto en donde la clase media había alcanzado una expansión significativa debido al aumento del aparato estatal (Salazar y Pinto 1999: 83), es mi propósito demostrar cómo esta novela, entre otras cosas, representa las dificultades y frustraciones de dicho sector con relación a su movilidad social a través de su protagonista, Salvador.

En segundo lugar, y en un paralelismo simétrico con lo anteriormente expuesto, indagaré cómo es que la subordinación entre el hombre de clase media (Salvador) y aquellos de clase alta tienen una correlación directa en la obra de Correa con la representación de las relaciones geopolíticas de Chile y las superpotencias de la guerra fría (EE. UU., URSS).

En tercer lugar, y como un vector de análisis que cohesiona mi lectura como un todo, demostraré cómo ambas relaciones de subordinación política e ideológica están intrínsecamente relacionadas con distintas concepciones de masculinidad representadas en el texto. Desplegándose un triángulo de amor en torno a una mujer, Celinda (cuya caracterización, en esencia, se limita a ser un mero objeto de deseo), la representación del género masculino se encuentra inexorablemente aparejada con ciertas características psicológicas (in)deseadas, siendo la principal, quizás, su proclividad (o distancia) hacia la sentimentalidad. En este sentido, la proximidad o lejanía de lo que R. W. Connell (1997), Luis Bonino Méndez (2002) y otros han denominado *masculinidad hegemónica*⁴ estaría definiendo la pertenencia o ajenidad de los personajes a las clases dominantes y a los países (sub)desarrollados.

³ En relación con la obra que me propongo analizar, es necesario mencionar dos antecedentes académicos relevantes: el primero es el artículo “De extraterrestres, vírgenes y dictadura. *Del cosmos las quieren vírgenes* y la dimensión cultural de las palabras” de Marcos Arcaya Pizarro (2013), el cual efectúa un análisis sociohistórico similar a este trabajo, si bien centrado en una obra de Elena Aldunate; en segundo lugar, el trabajo de Catherine Valenzuela Jeldres (2023), quien plantea que la novela representa un “híbrido” entre la ciencia ficción y otros géneros (p. ej. la fantasía y la literatura criollista). Sin embargo, aunque este último estudio representa un aporte valioso para el análisis de la obra, no se relaciona directamente con mi enfoque analítico, como espero demostrar a lo largo de este artículo; por lo mismo, no forma parte activa de mi argumentación.

⁴ El concepto de masculinidad hegemónica ha sido sujeto de múltiples debates en torno a su definición; por lo mismo, ha experimentado permanentes variaciones con respecto a su significado. Me baso aquí, por un lado, en el postulado de Connell (1997) que define la masculinidad como esencialmente *relacional* –esto es, construida en torno a una oposición con respecto a la femineidad– y, por el otro, por la síntesis otorgada por Luis Bonino Méndez, quien asevera que la masculinidad hegemónica ha sido tradicionalmente asociada a “la dominancia, el poder visible, la actividad, la racionalidad, individualidad, la eficacia, la voluntad de poder, la certeza y la heterosexualidad” (2002: 13).

Finalmente, planeo demostrar cómo la diégesis del relato funciona, en esencia, como un relato de *realización simbólica*, en cuanto los elementos no realistas de la novela buscan, en esencia, compensar y *corregir* las desigualdades sociales de la época en un nivel virtual, tanto a nivel local como global. Bajo este enfoque, la ciencia ficción de Hugo Correa estaría, en el fondo, no solo comentando sobre la realidad social que le circunda, sino manifestando un deseo ferviente por su transformación.

MASCULINIDADES Y AFECTOS

La premisa de la novela es simple: Salvador, un empleado bancario, es invitado a pasar el fin de semana en la hacienda de Celinda, una joven de clase alta, junto con su familia y amigos. Salvador desea sexualmente a Celinda, pero sus cortejos son torpes y palidecen ante las coqueterías de otras figuras masculinas presentes. Al poco tiempo de su estancia, sin embargo, Salvador se entera de que en las proximidades de la casona un cohete espacial ruso se estrelló recientemente. Posterior al suceso, comienzan a ocurrir misteriosas muertes entre las personas aledañas al lugar, todas con un inquietante elemento en común: los cadáveres presentan barro en los ojos y la boca. Muy pronto se hace evidente que el cohete ruso, al colisionar en la tierra, ha traído consigo una extraña criatura que solo puede recobrar la vida cuando llueve y que es el causante de los asesinatos recientes. Dicho alienígena pasa a ser algo deseado tanto por la Unión Soviética como por los Estados Unidos; Salvador, de manera involuntaria, se ve entonces involucrado en una intriga internacional que gira en torno a la captura del extraterrestre.

Esta premisa, digámoslo desde ya, responde a un cierto horizonte de expectativas ligado a la literatura *pulp* de ciencia ficción; concretamente, a aquella enfocada al miedo al Otro, a “un miedo a lo desconocido venido de afuera” (Pérez Santiago 2017: 22). Sin embargo, tal como señala el mismo Pérez Santiago, “el miedo es relativo y [...] Salvador parece más preocupado de las aventuras de la mujer, que de la amenaza alienígena” (33). Consecuentemente, es primordial dirigir primero nuestra atención a las características de Salvador y sus relaciones amorosas para iniciar el análisis de la novela.

Salvador es un hombre de clase media, joven, no obstante severamente frustrado por su condición social⁵. Es, en sus propias palabras, un “empleado bancario, sin apellido y sin auto” (Correa 2016: 164), alguien que en “su porvenir se reduciría a vegetar en el banco como un oscuro funcionario, que terminaría sus días embrutecido por la rutina y el ambiente oficinesco” (186)⁶. Su estadía en la hacienda de la familia de Celinda,

⁵ Cabe destacar que no es la única vez que Correa emplea la figura del oficinista como protagonista de sus relatos. Otros ejemplos de lo mismo son *Los Altísimos* (1959), *Los títeres* (1969) y la novela póstuma *El Valle de Luzbel* (2015). Volveré a este punto y sus implicancias posteriormente.

⁶ Resulta de interés la similitud de Salvador con la condición del propio Hugo Correa al momento de escribir esta novela. Ejerce como director en la Difusión de la Conserjería Nacional de Promoción Popular (posteriormente conocida como Conserjería de Desarrollo Social durante el gobierno de Salvador Allende). La descripción de su ambiente de trabajo, efectuada en una entrevista en la revista *Qué Pasa*, enfatiza su oscuridad y desolación. Cito: “Frío, oscuro, y con un solo ascensor que tarda en llegar [...] Pasadizos

asimismo, es notablemente interesada: al relacionarse con la joven busca no solo conquistarla sexualmente, sino también inmiscuirse en una “familia conveniente de cultivar” (19), ya que, en definitiva, necesita dinero para llegar a ser alguien (164). En este sentido, y dicho en palabras simples, Salvador ve en su objetivo de conquista amorosa una oportunidad de ascenso social.

Salvador, no obstante, está lejos de ser un galán. A lo largo de la narración, es comúnmente descrito como alguien cobarde, tímido y torpe, en especial cuando a su trato con las mujeres se refiere⁷. Ahora bien, de todos los defectos que él mismo u otros personajes le adjudican, destaca su aparente incapacidad para disimular sus emociones. Su objetivo romántico, Celinda, a modo de crítica, menciona con relación a su semblante: “tu cara lo dice todo; poco es lo que ocultas” (69). El mismo Salvador se compara a sus pares masculinos enfatizando su aparente emocionalidad como un notable punto débil: “sus reacciones, demasiado translúcidas, debían reflejarse en su semblante, en sus ademanes, en su tono de voz, en su mismo modo de mirar. No; decididamente no era como Felipe, y tampoco como el ruso” (69).

Felipe, coincidentemente, es el primer rival de Salvador por la conquista de Celinda y el primer punto de comparación explícito con relación al protagonista. Descrito como un joven elegante y pudiente, su caracterización, ligada orgánicamente a la pertenencia de la clase alta, pasa por una mezcla entre encanto, control emocional y distinción social. En palabras de Salvador, refiriéndose a las preferencias de Celinda: “A ella le gustaban los tipos como Felipe, que no se arredran ante nada, *que saben disimular sus sentimientos*, o, tal vez, que son capaces de dosificarlos e irlos entregando de a poco, sin descubrirse nunca por entero” (69, mis cursivas). Agrega en otro pasaje: “[Felipe era] un tipo ideal para salones y sitios afines. Además, tras él una familia cuyos antepasados se remontaban a la época colonial, propietaria de extensos fundos –una de las pocas que consiguieron conservarlos–, respaldaba *su reposado modo de ser*” (40, mis cursivas). A diferencia del propio Salvador, el cual, como ya se mencionó, es un hombre incapaz de regular su expresividad emocional, Felipe se nos presenta en pleno control de sus pasiones. Salvador conecta esta capacidad de control de manera explícita con la condición socioeconómica privilegiada de su rival, la cual, en última instancia, le permite un dominio absoluto de sus afectos: “Si yo poseyese el desplante de Felipe. ¿Cómo? Tiene tras sí una fortuna y una familia llena de tradiciones e influencias... ¡todo se le disculpa y tolera a los ricos!” (169).

Lo anterior, de manera implícita, se relaciona directamente con la representación del campesinado y los trabajadores domésticos por parte del propio Salvador. En directa contraposición con la frialdad emocional de Felipe, los personajes en condición

con iluminación tenue, uno que otro tecleo de máquina [...]. Una oficina pública, al fin y al cabo, en la abrimos y cerramos puertas hasta llegar a una amplia habitación uno de cuyos tres escritorios está ocupado por el precursor y principal exponente de la literatura chilena de ciencia ficción. Ante el ambiente que lo rodea y su aparente contrasentido, le preguntamos cómo es que no ha escrito más bien obras de terror” (Correa 1973: 37). Años después, ya en plena dictadura, su trabajo es caracterizado en otra entrevista como “un puesto funcionario sin otro interés que el de rendir dinero para subsistir” (Correa y Montero 1977).

⁷ Algunos ejemplos: “Siempre fue tímido con las mujeres; jamás habría intentado un abordaje callejero, menos con una muchacha como Celinda” (189); “poco experto en aquellas maniobras, no halla cómo iniciar la conversación” (18); “¿Por qué cuando estoy con ella nada me sale bien?” (40), etc.

de subalternos son descritos con palabras que acentúan su estado afectivo. Para representar su carácter, por ejemplo, se usan expresiones tales como “despavorido” (16), “supersticioso espíritu” (110) o “ingenuidad” (57), todas expresiones que exacerban su supuesta personalidad asustadiza, supersticiosa y habladora⁸. Asimismo, es posible evidenciar en ellos la misma dificultad para ocultar su emocionalidad de la cual es presa Salvador. Cito: “Algo en la voz del criado –*una brusca e imprevista cautela, o quizá una mal fingida ingenuidad*– lo puso en guardia” (57, mis cursivas); “Ronaldo, callado, miraba constantemente a su alrededor, exteriorizando *un mal reprimido terror*” (79, mis cursivas); “La cara del mozo le restituyó la confianza: *difícil que semejante palurdo fuese capaz de sutilezas*” (59, mis cursivas). De todos los personajes representados en la novela, son los campesinos y los criados aquellos que expresan de manera más evidente sus sentimientos – signo irrevocable, desde la perspectiva de Salvador, de su poca sofisticación y naturaleza infantil–. El protagonista del relato, no obstante, a pesar del evidente rechazo y desprecio que exhibe hacia los personajes en una posición subordinada, se encuentra más cercano a ellos que a los miembros de la clase alta. Este hecho se deduce de su compartida, aunque involuntaria, carencia de control emocional, aunque nunca se exprese de manera explícita en la narrativa.

CHILE: PAÍS MARICA

Si ya la superioridad sexual, social y cultural de Felipe es evidente en comparación a Salvador, su virilidad palidece ante la arremetida de un nuevo personaje masculino: Dmitri, el disidente ruso. Como se explica mediante numerosas analepsis, Dmitri es un joven científico ruso que dimite de la Unión Soviética una vez que tiene claro que junto al estrellado cohete ruso ha aterrizado también una criatura alienígena. Su plan es capturar al extraterrestre para posteriormente venderlo al mejor postor. Para ello, se revela que por una estancia prolongada se alojó cerca de la hacienda de Celinda, joven a la cual conoció y con la cual estableció una pasajera relación amorosa.

Lo primero que se debe mencionar con relación a Dmitri es que su figura nunca es narrada de manera directa; es descrito, primero, a través de la imaginación de Salvador y, luego, por medio del relato de Celinda, quien le confiesa al primero sus aventuras sexuales con el ruso. Ambas operaciones contribuyen a un distanciamiento de su figura que favorece

⁸ Digo “supuesta” ya que, a pesar de que la narración corresponde a una tercera persona heterodiegética, el estilo indirecto libre de la novela hace que nosotros, lectores, percibamos la realidad representada mayoritariamente desde la perspectiva de Salvador. En este sentido, es posible interpretar la representación caricaturesca de los personajes subalternos como una proyección del propio protagonista, incapaz de ocultar su menosprecio y repulsión a la clase trabajadora y campesina. Esta posibilidad de lectura irónica, no obstante, no es plenamente consistente, en cuanto el relato de Celinda, una vez que toma la palabra para relatar su encuentro con Dmitri, e incluso las breves intervenciones del Merodeador, demuestran la misma caracterización que Salvador en torno a las figuras subalternas. Ejemplos: “Ninguno de los demás pobladores de la aldea... las poseía; todos eran demasiado *burdos*” (128, mis cursivas); “Al revés de sus coterráneos, *los cuales aún vivían saturados de supersticiones...*” (126, mis cursivas), etc.

su excesiva idealización. Su naturaleza emocional sigue la misma línea de Felipe, en cuanto se lo caracteriza como un tipo indiferente e insensible. En palabras de Salvador, quien imagina el encuentro sexual entre el ruso y Celinda, el objeto de su propio deseo:

Porque [Dmitri] también debió pertenecer a esa clase de *hombres endurecidos*, que han conocido a muchas mujeres, y que se han visto enredados en mil y un líos sentimentales, de los cuales se desentendían con la misma facilidad con que él se complicaba. *Hombres para quienes los sentimientos son secundarios*; que enamoran a las mujeres únicamente para satisfacer sus apetitos, como quien se toma un trago o se come un suculentísimo plato, solo porque tiene sed o hambre. (69, mis cursivas)

Dmitri, a su vez, es descrito con epítetos que destacan su físico viril y juventud, erigiéndose como la figura de un superhombre ante el cual los atractivos de Salvador palidecen (“pecho velludo” [133], “manos grandes y velludas” [53], “elevada estatura” [122], “una corona de pelo rubio y ondulado” [122], “dinamismo [122]”, “disciplinado” [136] y “vitalidad [122]” son solo algunos de los calificativos empleados). Dmitri, en este sentido, no solo comparte los rasgos de desapego que son tan anhelados por Salvador en Felipe, sino que también, en lo relativo a su físico, supone un ideal de belleza que Salvador proyecta por medio de su propia imaginación y desea fervientemente para sí.

Ahora bien, la superioridad de Dmitri con relación a Salvador no solo debe entenderse en términos de hombría, sino también de estatus geopolítico. Si Felipe, dentro de Chile, representa la figura de un hombre de clase alta con mayor estatus que Salvador, Dmitri es superior *a una escala global* al ser parte de la Unión Soviética, una superpotencia que juega, según sus propias palabras, un rol activo en la historia de la humanidad. El ruso, en este sentido, no esconde su desprecio por los sudamericanos, opinando que el pueblo chileno, por ejemplo, es “sensiblero” e “indefinido” (135). Se exploya el propio personaje:

Ustedes [los sudamericanos], por diversas razones económicas y sociales ... carecen de la sensibilidad suficiente, por así decirlo, para vibrar con esta época. *Argumentarán que sus problemas no les permiten ocuparse de esas cosas*. Pero las grandes nacionalidades, las razas de verdadero empuje, superan por sí solas sus debilidades. *No gastan energías en inútiles protestas...* No adoptan el papel de espectadores que miran sin entusiasmo los hechos trascendentales, *haciéndose amargas reflexiones* sobre los beneficios que ellos obtendrían si los demás países se transformaran en sus ayas, sus mentores. Hoy día Oriente y Occidente, cada uno por su lado, están empeñados en la conquista del espacio interplanetario. Ustedes, *mientras mantengan su actitud pasiva, sintiéndose postergados y humillados*, solo podrán formar una anónima comparsa en la historia de esta época. (135, mis cursivas)

Llegado a este punto, queda claro que la “sensiblería” a la cual Dmitri se refiere y opone está ligada a una presunta naturaleza infantil de la región sudamericana: sus habitantes protestan por su condición periférica cuando en realidad deberían entusiasmarse por el desarrollo industrial o los avances de la carrera espacial. La sensibilidad “correcta”, según el raciocinio del ruso, sería aquella que se desprende de lo superficial (la condición propiamente periférica de Latinoamérica) y conecta con lo trascendental (el progreso

tecnológico de la sociedad entera). En este sentido, la Unión Soviética, al igual que la propia figura de Dmitri, es una nación “endurecida”, sin tiempo para sentimentalismos y protestas infantiles, enfocada como está en el progreso de la humanidad. El problema de Latinoamérica, siempre siguiendo esta misma lógica, es su exceso de emocionalidad: su incapacidad de desprenderse de su sentimiento de humillación, cuestión que la lleva a un infantilismo generalizado (una especie de niño malcriado) y una parálisis histórica que le impide avanzar a la par de las naciones desarrolladas.

Ahora bien, teniendo en cuenta lo mencionado, numerosos son los puentes vinculantes que pueden extenderse entre la masculinidad de Salvador y la condición periférica chilena, tal como es representada por Dmitri. Chile, de acuerdo a las palabras del ruso, y como ya mencioné anteriormente, es un país “sensiblero”, melindroso, que en vez de la acción directa prefiere protestar y mantener una actitud “pasiva”; todos rasgos –en especial en lo referente a su naturaleza “emocional”– que coinciden con los defectos que se le adscriben a la figura cobarde de Salvador y los personajes subalternos antes descritos. En este sentido, la masculinidad degradada de Salvador y su inferioridad de clase halla su equivalencia simbólica en el estatus inferior de Chile con respecto al escenario mundial, en donde el país periférico no puede más que lloriquear y quejarse impotentemente en un escenario en donde las superpotencias, viriles y adultas, impulsan la modernización global.

En consecuencia, con respecto al campo semántico establecido por la propia novela, y aglutinando la caracterización de los personajes y países subalternos, por un lado, y los personajes de clase alta y de superpotencias globales, por el otro, la dicotomía conceptual entre ambos polos podría sintetizarse de acuerdo a las presentadas en Cuadro 1.

Cuadro 1 Dicotomías conceptuales en *El que merodea la lluvia*

Salvador / Clase subalterna / Chile / Latinoamérica	Felipe / Dmitri / Rusia y EE. UU.
Pasivo	Activo
Emocional / Sentimental	Endurecido / Insensible
Cobarde	Valiente
Humillado	Orgullosa
Pobre	Rico
Infantil	Adulto
Débil	Fuerte
Afeminado	Viril

De esta manera, la subordinación de una masculinidad en desmedro de la otra se reproduce fractalmente, estableciéndose los mismos paralelismos en distintos niveles: desde la oposición clase media-baja/clase alta en el mismo Chile hasta la posición subordinada del propio país con relación a las superpotencias globales (URSS y EE. UU.). Como resul-

tado, las relaciones geopolíticas establecidas por la novela se sexualizan, asumiendo los países periféricos (en particular, Chile) las características de una masculinidad degradada de acuerdo a los propios parámetros de la obra. En palabras de Alexandra Brown, “In the Cold War context of the novel, Salvador’s sexual failure underscores, by extension, the idea that Chile’s future remains in the hands of either the U.S. or Soviet bloc” (2021: 5).

Ahora bien, con respecto a la última dicotomía (afeminado/viril), esta se manifiesta de manera explícita en dos episodios particulares. En primer lugar, cuando Salvador enfrenta a Celinda en relación con sus actividades sexuales –que, según sugiere, mantiene con todos los personajes masculinos excepto con él–, la joven responde con un reproche hacia su emocionalidad, calificándolo de “marica” e “intruso”, este último término en alusión a su bajo estatus social (Correa 2016: 119). En segundo lugar, dicha dicotomía se evidencia cuando Salvador visita a Celinda en su habitación durante la noche con la intención de forzar una relación sexual; sin embargo, esta intromisión es rechazada firmemente por la mujer. En sus propias palabras: “Retírate, Salvador... Harías el ridículo. Sola, sin gritar, sin pedir auxilio, soy capaz de repelerte y darte una lección” (174). La masculinidad de Salvador, en este sentido, se muestra inferior: débil no solo en comparación con sus pares masculinos, sino explícitamente insuficiente ante su contraparte femenina (la cual, incluso en su posición subordinada, es capaz de rechazarlo sin ayuda de nadie). Así, Salvador, exiliado de la masculinidad hegemónica propuesta por la propia narración, pero tampoco identificado plenamente con la femineidad presente en la novela, se acerca a una tercera categoría: la masculinidad *homosexual*, caracterizada por adjetivos tales como el previamente mencionado “marica”, o bien el epíteto “poco hombre” (162, 180). Dicha masculinidad, asociada a las características negativas descritas en el previo cuadro comparativo, se encuentra en una clara posición subordinada y desprovista de toda legitimidad en la práctica social. Es una masculinidad denigrada, cabe destacar, que por la operación de fractalidad antes descrita, representa a los chilenos en general: un país, para usar los términos de la novela, excesivamente sensible, quejumbroso y pasivo; una nación, en resumen, “indefinida” y “poco hombre” que padece ante las virilizadas superpotencias de la Unión Soviética y los Estados Unidos.

EL ROL COMPENSATORIO DE LA CIENCIA FICCIÓN

Es en esta fase de la novela, no obstante, donde el rol compensatorio de la ciencia ficción a la cual me he referido en un principio entra en juego. Ya hacia el final del relato, se nos revela que el Merodeador (apodado al alienígena que ronda en las cercanías de la hacienda) busca, en definitiva, poseer a un humano y reproducirse con una mujer. Todo, según las palabras del propio alienígena, para iniciar “su largo imperio” (190). El elegido no es nadie menos que Salvador, cuyo nombre, a estas alturas, adquiere un explícito simbolismo. La posesión efectivamente sucede en las páginas finales del libro, deviniendo Salvador y el alienígena un solo ente. Esto revierte las dinámicas de poder hasta el momento presentadas en la narración.

Dos ejemplos sobresalen para demostrar lo anterior. En primer lugar, Salvador y el Merodeador, ahora una sola persona, a la hora de despedirse de Felipe, quien

abandona la hacienda de Celinda, demuestran la tan ansiada insensibilidad que se buscaba desde un principio. Felipe, de manera inconsciente, demuestra temor ante alguien que repentinamente se demuestra distante y frío:

Felipe le estrechó la mano. *Palideció* el joven millonario: la retiró con brusquedad.
 –Estás helado –dijo, *tembloroso*. *Una expresión de miedo se reflejó en su fino rostro*.
 –Me siento mal –explicó él, *inmutable*–. Seguro que me voy a pescar una gripe. (194, mis cursivas)

A la inmutabilidad de Salvador se le opone, en esta ocasión, el miedo explícito del joven de clase alta, el cual –por primera vez y de acuerdo a los mismos parámetros afectivos de la novela– es representado como inferior a Salvador al mostrarse emocionalmente perturbado. Cabe destacar que dicha inferioridad se manifiesta cuando Felipe es incapaz de disimular su sorpresa y horror ante la frialdad de Salvador, tanto en términos de su temperatura corporal como en el plano emocional. En este sentido, los roles iniciales en cuanto expresividad emocional se invierten: es ahora Salvador quien se encuentra en pleno control de sus afectos, así como Felipe quien no puede evitar demostrar su temor.

En segundo lugar, tras una incómoda velada con don Carlos, el dueño de la hacienda (quien también parece inquieto sin razón aparente), Salvador entra al dormitorio de Celinda. A diferencia de su primera intrusión, esta vez ella lo espera con deseo. Como lectores, entendemos que una relación sexual es inminente y que este momento marca el inicio del plan del extraterrestre para crear una raza de superhombres en la Tierra.

Esto último permite enarbolar distintas conclusiones. La primera, y la más evidente, es que la fusión de Salvador con el Merodeador le permite escapar de su masculinidad denigrada a una más acorde a la conceptualización hegemónica que el mismo relato ha establecido. Si bien las páginas en donde se describe al nuevo Salvador son escasas, estas bastan para proyectar una imagen de insensibilidad (la “inmutabilidad” antes referida) que lo posicionan, al menos de manera simbólica, en un estatus superior a Felipe (su contrincante) e incluso a don Carlos (el dueño de la hacienda). En segundo lugar, la unión del protagonista con el extraterrestre lo hacen, de manera repentina, atractivo al sexo opuesto (“solo ahora las mujeres están de mi parte”, acotará el narrador [195]). Dicho atractivo, en consecuencia, le abre a Salvador las puertas del ascenso social, en cuanto la recompensa largamente buscada (la conquista de Celinda para asociarse a una “buena familia”) es finalmente obtenida. Por último, el nuevo Salvador no solo está capacitado para ascender socialmente dentro del mismo Chile, sino que también –de acuerdo con las palabras del propio Merodeador– es el elegido para iniciar su reinado a escala mundial. En este sentido, y si bien es una victoria implícita, Salvador también se demuestra superior a Dmitri, quien, por extensión, representa una de las superpotencias que dominan el desarrollo global. Visto así, la fantasía de conquista sexual de Correa compensa no solo a las inseguridades del protagonista con relación a su masculinidad y clase social, sino también a la inferioridad geopolítica de Chile como país del Tercer Mundo en un contexto de Guerra Fría.

Ya establecidos las representaciones de masculinidades y el ascenso simbólico de Salvador por medio de su fusión con el Merodeador, queda desmenuzar de manera más precisa la potencialidad alegórica de la novela. Lo primero es la pertenencia de Salvador a la clase media y el simbolismo de su ascenso social. Salvador, un “intruso” si se lo yuxtapone a las clases oligarcas, mas alguien de autoridad (aunque sea nimia) contrapuesto a los campesinos y trabajadores domésticos, fracasa en primera instancia en su intento de conquista sexual debido a su masculinidad denigrada. Esta condición, como ya se expuso, corresponde esencialmente a su incapacidad de regular sus emociones y proclividad a expresarlas manifiestamente. Así, Correa se alinea con una tradición literaria en la cual la sentimentalidad, de acuerdo con las palabras de Eve Kosofsky Sedgwick, históricamente se ha asociado no solo con lo femenino, sino con características tales como la deshonestidad, lo manipulativo, lo vicario y lo mórbido, entre otras características (2008: 143). Estos calificativos bien pueden corresponder a una percepción social de la propia clase media chilena de mediados del siglo xx, en cuanto, según las palabras de Salazar y Pinto, esta habría quedado marcada por una doble traición: por un lado, traición a la clase oligarca, a la cual inicialmente le debían su expansión y desarrollo; por el otro, traición a su propio “destino manifiesto” de impulsar el progreso del país, en cuanto su desarrollo evidenció el mismo elitismo de la clase oligarca y un desdén por el proletariado (2002: 89). Lo anterior se condice con el prejuicio de “lealtades cambiantes” que históricamente se ha atribuido a la clase media (González Le Saux 2011: 27-28). El carácter “indefinido” y de poco fiar de Salvador, en este sentido, corresponderían a la percepción que los demás grupos sociales tenían del hombre chileno de clase media en la década de 1960.

Cabe recordar, asimismo, que el epíteto “marica” o “maricón” con la cual se insulta a Salvador, en la jerga popular chilena, no solo connota homosexualidad, sino una *conducta social* ligada a la poca fiabilidad, y en última instancia, a la traición. En palabras de Carolina González:

El ser *maricón* tiene connotaciones diversas para indicar a aquel hombre que no se comporta como debiera en cualquier esfera de su vida social e íntima, transformándolo en un *traidor* que, como tal, no tiene derecho a las prerrogativas de género de las que gozan los hombres de verdad. (2004: 13-14, mis cursivas)

Esta doble concepción de la palabra “maricón”, dicho sea de paso, ya era de uso común en el contexto sociocultural de la publicación de la novela (Rabanales 2018: 284). Visto así, la novela podría estar vinculando de manera tácita el supuesto carácter traicionero y ambicioso de la clase media con una masculinidad denigrada asociada a la homosexualidad (la “mariconería” referida anteriormente). El simbolismo del nombre “Salvador”, en este sentido, adquiriría un necesario tinte irónico⁹.

⁹ Tampoco se puede desestimar que el nombre “Salvador” se refiera explícitamente a Salvador Allende, quien, para el tiempo de publicación de la novela (1962) ya había sido candidato presidencial dos veces (1952, 1958) y se encaminaba para su tercera postulación (1964). Considerando su postura mayoritariamente conservadora en lo político (Areco 2020, Salas 2020), no se puede descartar una advertencia velada de Correa sobre qué sucedería si la izquierda obtuviese el poder. Dicha lectura, no obstante, requiere una mayor profundización que por motivos de espacio no desarrollaré aquí.

Ahora bien, a diferencia del protagonista de *Los Altísimos* (1959) –también un oficinista de clase media– y de los personajes principales de *Los títeres* (1969) –quienes en su mayoría responden al mismo arquetipo–, el trabajador de oficina en la literatura de Correa finalmente obtiene su redención en esta novela. En la primera novela, por ejemplo, Hernán Videla, extraído a la fuerza de la Tierra y obligado a trabajar para Los Altísimos (seres cósmicamente trascendentes), reflexiona:

Desde que nací, siempre alguien me ha dado órdenes. Primero, mi padre; después, mis profesores; luego, los gerentes y los jefes de Acomsa. Ahora, los Técnicos, voceros oficiales de los Altísimos... En todas partes la misma cosa. Arriba y abajo. ¡Siempre hay alguien sobre uno! Ya sea el gerente, el subgerente, o el jefe. La misma historia. (1959: 262)

Este fatalismo, no obstante, tiene su reverso en *El que merodea la lluvia*: por medio de la intervención divina del extraterrestre, finalmente el hombre de clase media puede escapar de su inmovilidad social y ascender de clase; dicho en palabras simples, convertirse en alguien que da órdenes. De esta manera, Correa estaría figurativamente *corrigiendo* la subordinación de la clase media por medio de la fantasía propia de la ficción literaria¹⁰.

Esto, como ya se mencionó anteriormente, no es el único nivel compensatorio en que opera *El que merodea en la lluvia*. Tal como ha expuesto Brown (2023), la novela puede leerse como una queja figurada del propio Correa con relación a la posición subordinada de Chile con respecto al escenario mundial, en particular, a lo que refiere su dependencia con las dos superpotencias: la Unión Soviética y los Estados Unidos. La fusión de Salvador con el extraterrestre, en este sentido, estaría solucionando la humillación de ser un actor secundario en los “hechos trascendentales” de la historia del progreso humano. La promesa del Merodeador de constituir un imperio, asimismo, estaría asegurando que la relación dominador-dominado se invierta, escapando Chile de su dependencia ante las superpotencias globales y convirtiéndose a su vez en la nueva potencia global que impone sus términos al resto de la población mundial.

CONCLUSIÓN

En resumidas cuentas, la narrativa de Correa representa simultáneamente las frustraciones de un sector de clase media con poca movilidad social, percibido como débil en términos de sexualidad y traicionero en lo social, así como también la condena de pertenecer a un país tercermundista en donde la modernidad nunca termina de llegar. Ahora bien, la solución simbólica de *El que merodea en la lluvia*, en última instancia, pasa por una redistribución de poder, en donde los roles se revierten y el subordinado deviene

¹⁰ Recordemos, tal como expone la nota 6, que el propio Hugo Correa pertenecía a un estrato socioeconómico de clase media. No es imposible, por tanto, que estuviese proyectando su propia frustración ante su situación social y simbólicamente remediándola por medio de su ficción literaria.

ahora la fuerza dominante a través de su adecuación al concepto de masculinidad hegemónica. El resultado es una narrativa que redime alegóricamente no solo al protagonista como representante de la clase media chilena, sino también a Chile como nación en un contexto de desigualdad global. La seducción exitosa de Celinda, en ese sentido, adquiere necesariamente el significado de *conquista* (entendida en términos bélicos), donde el sometimiento de lo femenino representa, en esencia, una fantasía compensatoria en términos de sexualidad, clase y geopolítica.

BIBLIOGRAFÍA

- Arcaya Pizarro, M. (2023) “De extraterrestres, vírgenes y dictadura. *Del cosmos la quieren vírgenes* y la dimensión cultural de las palabras”. *Itinerarios*. 38, 89-111. DOI:10.7311/ITINERARIOS.38.2023.05
- Areco Morales, M. (2020) “Otras ciudades, otro Chile: ciencia ficción chilena desde la modernización hasta el golpe del 73”. En *Historia de la ciencia ficción latinoamericana 1: desde los orígenes hasta la modernidad*, ed. por por López-Pellisay, T. y Kurlat Ares, S. Madrid: Iberoamericana – Vervuert, 157-186
- Bonino Méndez, L. (2002) “Masculinidad hegemónica e identidad masculina”. *Dossiers feministes*. 6, 7-36
- Brown, A. (2021) “Silence and Other Monsters: Violence in the Soundscape in *El que merodea la lluvia*”. *MLA 2021*. Enero
- Brown, A. (2023) *The Gadget Story: Machine Futures in Latin American Science Fiction*. Tesis doctoral inédita. Philadelphia: University of Pennsylvania
- Cabrera-Pommiez, M. (2022) “Relectura del mito sobre el origen del ser humano en el valle de Luzbel de Hugo Correa”. *Mitologías*. 27, 65-77
- Connell, R. (1997) “La organización social de la masculinidad”. En *Masculinidad/es: poder y crisis*, ed. por Valdés, T. y Olavarria, J. Santiago de Chile: Isis Internacional, 31-48
- Correa, H. (1959) *Los Altísimos*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico
- Correa, H. (1973) “Hugo Correa: a la ciencia-ficción a través de satanás”. *Qué pasa*. 28.06.1973, 37-39
- Correa, H. (2015) *El valle de Luzbel*. Santiago de Chile, Alfaguara
- Correa, H. (2016) *Dos novelas*. Santiago de Chile: Alfaguara
- Correa, H. (1969) *Los títeres*. Santiago de Chile: Zig Zag
- Correa, H. y Montero, A. (1977) “Hugo Correa y Antonio Montero: profetas chilenos del apocalipsis” [entrevista realizada por G. Romero]. *Bravo*. 5 (octubre 1977), 9
- del Pozo, J. (2002) *Historia de América Latina y el Caribe: desde la independencia hasta hoy*. Santiago: LOM Ediciones
- González, C. (2004) *Entre “sodomitas” y “hombres dignos trabajadores y honrados”: masculinidades y sexualidades en causas criminales por sodomía (Chile a fines del siglo XIX)*. Tesis de máster. Santiago: Universidad de Chile

- Halperin Donghi, T. (2017) *Historia contemporánea de América Latina*. España: Alianza
- Hassón, M. (2003) "Introducción a la literatura de ciencia ficción en Chile". *Alfa Eridiani*. II (7), 36-47
- Kurlat Ares, S. G. (2018) *La ilusión persistente: diálogos entre la ciencia ficción y el campo cultural*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana
- Pérez Santiago, O. (2017) *Literatura fantástica. Aproximaciones: la ficción literaria entre la realidad y la imaginación*. Saarbrücken: Editorial Académica Española
- Pizarro Obaid, F. (2019) "Ciencia ficción chilena: recepción, circulación e internacionalización de las tempranas obras de Hugo Correa". *Anales de Literatura Chilena*. 20 (32), 77-96
- Promis, J. (1993) *La novela chilena del último siglo*. Santiago de Chile: Editorial La Noria
- Rabanales, A. (2018) "Recursos lingüísticos, en el español de Chile, de expresión de la afectividad". *Boletín de Filología*. 10, 205-302
- Salas Camus, P. P. (2020) "Ciencia ficción conservadora: Los Altísimos de Hugo Correa". *Mitologías*. 22, 141-159
- Salazar, G. y Pinto, J. (1999) *Historia contemporánea de Chile II: Actores, identidad y movimiento*. Santiago de Chile: LOM Ediciones
- Salazar, G. y Pinto, J. (2002). *Historia Contemporánea de Chile IV: Hombría y Feminidad*. Santiago de Chile: LOM Ediciones
- Sedgwick, E. K. (2008) *Epistemology of the Closet*. Berkeley: University of California Press
- Valenzuela Jeldres, C. (2023) "La hibridez en la novela *El que merodea en la lluvia*: el monstruo de la ciencia ficción". *Acta Literaria*. 66, 133-137